

LAS CARTAS DE WILLIAM O

MARIA SOLEDAD BIRRELL RODRIGUEZ



Capítulo 1

LAS CARTAS DE WILLIAM O ´ REILLY

El fantasma de la casona O ´ Reilly termina de escribir la última letra de su última carta. No está seguro de que sea la última (como no lo está de nada de lo que le acontece) pero intuye que está llegando a una encrucijada. La transparencia y la levedad están cobrando fuerza. Últimamente las imágenes de su casa se fragmentan y aparecen a su antojo, pero sin Amelia.

Permanece sentado en el escritorio donde lleva escribiendo un tiempo, que puede ser una eternidad, no sabe. Abre el cajón donde guarda cada una de las cartas y deposita el nuevo papel doblado en cuatro. Siente un vacío en el estómago, un hueco que se hace sentir como una náusea, y cavila que la carta es la última página de una novela que ha escrito por entregas. Se ríe con su ocurrencia, porque nunca se consideró un tipo letrado y mucho menos un romántico.

El conde William O ´ Reilly vino al mundo en Escocia el año 1827, como tercer hijo varón de una familia de la baja nobleza. Cuando cumplió los veinte años, su padre, un hombre justo y disciplinado, tomó la decisión unilateral de que William debía forjarse una vida lejos su tierra. Lo embarcó en un carguero con la instrucción expresa de que no debían dejarlo bajar hasta llegar a su destino: Valparaíso, un puerto en el sur del mundo.

Los detalles de aquellos años ya ni los recuerda, es como si nunca hubiesen ocurrido, porque todo perdió importancia después del incidente que lo situó en una perspectiva macabra.

Muchos años después de la tarde en que desembarcó en el puerto, cuando se había construido una situación y un futuro, el destino de William dio un giro inesperado.

Un atardecer frío sintió una punzada en el pecho y un intenso hormigueo en el brazo. William cayó de boca sobre las baldosas de su terraza con vista al mar. Todos los esfuerzos por salvarle la vida resultaron en vano.

Ajeno a los movimientos alrededor de su cuerpo, William se encontró de frente con el ángel de la muerte y la situación lo pilló por sorpresa. Así de sopetón, no se animó a partir tras un ser luminoso por una senda que despedía olor a eternidad, por mucho que este ser lo invitó con la dulzura propia de su especie. William no se sintió preparado, o quizá presentía que tenía un asunto pendiente, quién sabe si no lo sabe él mismo, pero

allí se quedó detenido.

Esa misma tarde se convirtió en fantasma.

No fue hasta un tiempo después que comprendió que su decisión lo había dejado abandonado en un espacio solitario, ajeno al mundo de los muertos y sin poder regresar con los vivos.

William tenía 30 años por aquel entonces, le gustaban las fiestas y trabajaba duro, pero no se había dado el tiempo para el verdadero amor.

De una cosa está seguro, si alguien le hubiese explicado las consecuencias de su decisión, con toda sus aristas, nunca habría elegido ser un fantasma, esta condición abandonada entre dos mundos.

Cuando los periódicos aún comentaban la hazaña del hombre pisando la luna, llegó la nueva arrendataria a la casa: Amelia, o así la bautizó William. En primera instancia sólo la observaba con curiosidad, y se preguntaba por qué una mujer como ella, normal en todo aspecto, no vivía con un hombre. Más tarde, cuando la comenzó a mirar con otros ojos, se alegró de que así fuera.

El tiempo en la existencia de William era errático y parecía burlarse de su afán por mantener la cordura. A veces veía a Amelia en primavera, pero en la siguiente visión descubría que el invierno había oscurecido el puerto. Días después se encontraba nuevamente en un tiempo anterior, pero mientras se siguió tratando del tiempo de Amelia, no le importó. La fue adivinando en los gestos y en el silencio en que vivía.

A sus ojos fantasmales, Amelia parecía indiferente a su presencia, ensimismada en quién sabe qué recuerdos, caminando coqueta por los muelles del brazo de un sueño. Porque Amelia se arreglaba para un novio que nunca aparecía y sólo por eso William no enloqueció de celos.

Justo cuando contemplar a Amelia y sus pequeñas rutinas se había convertido en su razón de vivir, una tarde no la vio más. William temió entonces que ése fuera su castigo, descubrir el amor y desaparecer en el aire sin perder la conciencia. Se asustó en el alma. Después de la rabia, después de la pena, después, mucho después, aceptó su destino. Sin saber cuánto tiempo le duraría la suerte de conciencia que su estado le proveía, se dedicó por entero a escribirle cartas.

William permanece sentado en el escritorio sin saber qué más hacer con su tiempo. De pronto se siente solo y es justo entonces cuando las imágenes de ella regresan inesperadamente. Puede ver a Amelia en su casona del cerro Alegre y lo que sea que aún late en su pecho se le aprieta. Ha pasado ¿cuánto tiempo? Intuye que la visión tiene un propósito. Parece cansada y su cabello ha perdido el color. Ya no lleva

falda corta como cuando se colaba a su lado y paseaban por el puerto. La observa mientras trahina entre unos papeles y los va poniendo en una caja de cartón. Le parece que llora a ratos, pero la imagen está borrosa para sus ojos también húmedos. Quizá las suyas no sean lágrimas de agua, pero logran encogerlo y hacerlo tiritar. Por un momento sueña con la posibilidad de que sean lágrimas de nostalgia por él, pero desecha el pensamiento al instante. Sabe que no es posible. Su amor por ella nació condenado al silencio y al anonimato.

Pero a pesar de todo alberga la esperanza. Quizá las encuentre, las cartas que fue depositando en su escritorio. Aún no sabe si la materialidad del papel que usó para plasmarlas resistirá el viaje por el abismo que lo separa del mundo de los vivos, que lo separó de Amelia. Tenía que intentarlo, porque su historia de amor es lo único por lo cual valió la pena haberse quedado en su condición.

Cuando vuelve a mirar está otra vez solo.

Se le está agotando la intención.

Cierra los ojos.

Al interior de la casona, Amelia no para de llorar. Entiende que debe hacerlo, que no puede continuar en esta situación, enamorada de un fantasma que descubrió en unas hojas escritas para una mujer que se llama igual que ella.

Cuando encontró la primera carta, en un cajón de un escritorio viejo, sintió curiosidad por leer palabras y sentimientos ajenos y antiguos. Luego la atrapó la magia de las mismas cartas, con algo familiar y conocido. Aparecían y desaparecían a su antojo y, sin que pudiera hacer nada al respecto, la anclaron de por vida a aquella casa en contra de la opinión de todos. Se escondió en la soledad del puerto para vivir en paz su historia injustificable.

Pero todo tiene un límite, va pensando, mientras acerca fuego al atado de cartas que puso en una caja de cartón. Hace mucho que no se mira al espejo. No quiere encontrarse con la evidencia de que es una anciana, pero lo siente en los huesos.

Para no presenciar cómo se encrespa su historia de amor en la fogata, sube a su habitación y se tiende en la cama. No percibe el humo a su alrededor mientras cierra los ojos y derrama todas las lágrimas en esta ceremonia de despedida que con tanto dolor ha llevado a cabo. Es tiempo de dejarlo ir, se dice con un pensamiento cercano a la oración.

El cerro Alegre se ilumina con las llamas que consumen y arrasan con cada rincón de la casona. Amelia sueña con un ser blanco que la invita

desde una senda que despide olor a eternidad.

William tarda un tiempo en abrir los ojos. Quizá ésta haya sido la última vez o quizá en un momento más aparezca Amelia primavera o Amelia verano. Entonces lo ve. El ángel de la muerte lo mira desde el otro lado del espacio que se abre frente a él. Esta vez su espíritu y lo que le queda de cuerpo están listos para el viaje. Se concentra en el abismo que debe cruzar, se concentra para evitar que el recuerdo de Amelia lo atrape. Ya sin vuelta atrás, se deja ir tras el ser luminoso.

Cuando alcanza el otro lado, William O'Reilly se sorprende con la intensidad de la luz. Abre los brazos y gira sobre sí mismo. Su cuerpo recuperó la consistencia y el paisaje celestial no se esconde de sus ojos. Se abren senderos por los que caminan otros seres recién llegados que ya se alejan.

Pero William permanece detenido por un presentimiento.

Mira por encima del hombro y la ve, a Amelia deambulando al otro lado del abismo. Reconoce el desconcierto de los que aún no saben que han muerto. Reconoce el espacio entre dos mundos. Reconoce la duda. Desea gritar su nombre. ¡Amelia! Desea advertirle del peligro, para que no cometa el mismo error de quedarse detenida, atrapada, pero el ser luminoso le corta el paso con una sonrisa. Este es un instante de libertad intocable, parece decirle, la decisión es solo de Amelia, escucha en el corazón que ya no requiere de palabras.

Amelia recorre las cenizas con asombro. No comprende en qué momento desaparecieron su hogar y sus certezas. Se mira el cuerpo buscando alguna señal de fuego o de dolor. El espacio juguetea bajo sus plantas y no consigue dimensionar el tiempo, como en los sueños, piensa. Se ve recorriendo un sendero semejante al que leyó en las misivas de su fantasma. Se mira las manos y las ve, un manojo de cartas atado con una cinta, intocadas. Un pensamiento quiere colarse en su razonamiento, un vago recuerdo de una fogata donde puso las cartas, pero lo descarta. Quizás si se detiene allí mismo, entre los dos mundos y lo busca, a William, pero entonces recuerda la verdad, recuerda que no era ella la destinataria de las cartas del fantasma. Se pregunta por primera vez cómo habrá sido aquella Amelia.

El ser blanco la llama desde el otro lado del abismo y Amelia comienza a sospechar que éste no es un sueño sino que está muerta.

Es tiempo de dejarlo ir, se dice. Deposita las cartas con delicadeza en el suelo y cruza.

Cuando recién comienza a acostumbrarse a la luz, escucha que alguien la

llama. Se vuelve y ve a un hombre que se acerca con un montón de cartas, abiertas y ahora eternas.